

El secreto estaba en la elipse

Agora, la última película de Amenábar, ha desatado las iras de los fanáticos, pero ha recaudado cinco millones de euros en un solo fin de semana. No está todo perdido.



INCITATUS

Algo del cine arrecido, con el corazón lastimado. **Alejandro Amenábar** se ha tomado tanto trabajo para conmoverme, para hacerme daño, que no voy a cometer la indelicadeza de negar que lo ha conseguido.

Perdonen ustedes que comience así. No se debe, ya lo sé, pero este pobre caballo ha sido crítico durante muchos años y tiene ya perfectamente claro que los críticos no sirven para nada. Ni los de cine, ni los de teatro (bueno, éstos, quizá...), ni los de libros ni, desde luego, los de conciertos, que es lo que yo fui. Los críticos, que muchas veces es cierto que son *expertos*, jamás enseñan, nunca iluminan el camino al espectador para que logre ver o entender lo que quizá por sí solo no alcanzase. Ese debería ser, en mi opinión, su trabajo. Pero no lo hacen. En el mejor de los casos consienten en un somero análisis que termina, indefectiblemente, con un juicio de valor, que es a donde querían llegar: es bueno, es malo, es una porquería. Palabra de Dios. Te alabamos, columnista. Ah, qué difícil es librarse de la vanidad.

Por eso creo, ya viejo, que la última palabra (por no decir *toda* la palabra) la tiene el espectador. Pero cuidado: el espectador activo, pensante, el que se lo curra. El que **Cortázar** llamaba "lector macho" (y estaba hablando de los enchufes, ¿eh?, no empecemos): el que pone de su parte, el que toma decisiones, y no el que se sienta allí nada más que a que le hagan reír o a que le metan a cucharadas la papilla predigerida, para que no tenga que hacer ningún esfuerzo.

Uno lleva muchos años tomándose el trabajo de pensar cuando está ante algo que han producido otros, sea la *Sépti-*

ma de Beethoven, los montajes (y nunca mejor dicho) de **Calixto Bieito** o el *Diccionario filosófico* (forzosamente abreviado) de **Belén Esteban**. Así que, si de algo vale mi pobre reflexión, allá va.

Amenábar ha hecho una película contra la intolerancia, contra el fanatismo, y a favor del pensamiento libre. Que los fanáticos e intolerantes sean, en este caso, los primeros cristianos (pero también judíos y adoradores de Serapis), no tiene mayor importancia. La protagonista es Hipatia, una filósofa alejandrina del siglo IV. Podrían haber sido **Sócrates**, o **Salman Rushdie**, o el padre **Maximilian Kolbe**, o el mismo **Cristo**, y el resultado habría sido aproximadamente el mismo. Porque el fanatismo, la intolerancia, el *vivan las caenas*, no tiene, por desdi-

cha para la humanidad, lugar ni tiempo concreto, ni fecha de caducidad. Bestias inflamadas por la fe (en lo que sea) ha habido y habrá siempre, y siempre arremeterán contra quienes se hacen preguntas y tratan de averiguar lo que no saben: eso es la filosofía.

¿Por qué? Es sencillo. Porque la fe (repito: *en lo que sea*, lo mismo **Cristiano Ronaldo** que **Alá**, **Jehová**, la **Santísima Trinidad**, **Hitler** o la gramática generativa transformacional) ofrece respuestas, no preguntas. La diferencia entre un creyente y un filósofo es que uno da por concluido el asunto con lo que le dicen que es artículo de fe. El segundo siempre se preguntará: "Y eso ¿por qué?".

Lo fácil y lo difícil.

Es obvio que la vida de alguien que tiene fe es, en términos generales, mucho más sencilla que la de alguien que no la tiene. Cuando alguien, en una conversación, dice: "No, no, perdona: es que eso lo dice el Corán, que es palabra de Dios", pues ya está todo resuelto. No hay que complicarse más la vida. Religiones hay, y supongo que la mayoría de ustedes conocerá bien esto, que condenan el afán de saber como "pecado de soberbia". No me resisto a copiarles esta impresionante frase de **Agustín de Hipona**: "Existe una forma de tentación llena de peligros: es la enfermedad de la curiosidad. Es lo que nos impulsa a querer descubrir los secretos de la naturaleza, que superan nuestro entendimiento, no pueden sernos de provecho alguno y *nadie debería querer aprender*".

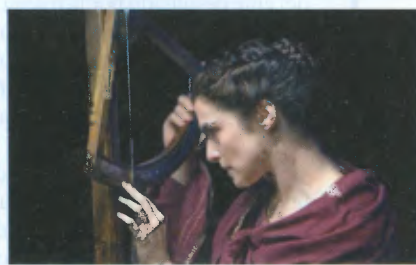
Más claro, imposible. No se meta usted en lo que no le importa, señora, señorita, caballero, que otros mucho más listos que usted ya han previsto todas las respuestas a todas las preguntas posibles. No piense: obedezca.

Otros creemos, por el contrario, que lo que hace al ser humano digno de tal nombre es su capacidad de razonar, de

Alborada del gracioso

Un columnista graciosete a quien mucho me guardaré de nombrar, porque eso es lo que quiere que hagamos todos, sostiene que la película "está lastrada por esas clases de astronomía en las que el espectador se siente devuelto a los tedios del aula".

Es evidente que el gracioso era de los que suspendían siempre. Debió de dormirse en la proyección. Ah, pero así cuenta el final: "No sirvió para que uno dejara de preguntarse si se había acordado de descongelar los filetes antes de salir de casa". Bien, esto es lo que pasa cuando le dan una columna en un periódico a alguien que sería mucho más útil descongelando filetes en casa. Ya lo decía **Billy Wilder**, "nadie es perfecto".





llegar a conclusiones, de preguntarse una y otra vez por qué y cómo. Hacerse preguntas, o sea pensar, lleva mucho más tiempo y esfuerzo que no hacerse-las y creer sin más en lo que te mandan. Entonces, ¿por qué nos empeñamos algunos en la opción difícil?

Quizá porque sabemos que los creyentes fanáticos tienden siempre (es un hecho histórico incontrovertible) a avasallar, perseguir, encarcelar o matar a quienes no creen en lo mismo que ellos. A quienes se cuestionan los "dogmas de fe". Y eso no nos parece del todo correcto. La historia no conoce un solo caso de una república de filósofos que decida liarse a mandobles o a tiros contra quienes tienen fe. Pero piensen ustedes cuántas veces ha sucedido lo contrario.

Hipatia se lo dice a **Sinesio**, antiguo alumno suyo... y ya obispo cuando hablan: "Tú no puedes cuestionarte tus creencias. Yo *debo hacerlo*". Y ¿qué era lo que se cuestionaba Hipatia? ¿La bondad o maldad de la fe? ¿Su preferencia entre unas y otras religiones? ¿Quién debía gobernar Alejandría? No. Lo que tenía sin dormir a la filósofa era si el Sol era el centro del universo o si lo era la Tierra, por qué el Sol nos parece más pequeño en invierno que en verano. Y esto sobre todo: por qué el círculo, "la forma más pura de la geometría", regía el movimiento del cosmos. Hasta que se dio cuenta, 1.300 años antes de Kepler, de que el secreto estaba no en el círculo sino en la elipse.

Hipatia defendía la primacía de la investigación, de la filosofía, del hacerse preguntas, sobre el fanatismo intolerante (y mortífero) de... casi todos los demás. Y cuando no pueden rebatirla, porque sabe más que todos los otros juntos, sencillamente le impiden hablar *porque es mujer*, y ya los Textos Sagrados (en este caso, San Pablo) establecían que la mujer está en este mundo para callar y obedecer. Y, como no podía ser de otro modo entre fanáticos, la llaman puta.

No les cuento el final, desde luego. Pero la última imagen de la película es una elipse. En este caso, el símbolo de la razón, de la *obstinación en la razón* y en la libertad, frente al cerrillismo de quienes sencillamente matan a quienes no pueden rebatir... o a quienes estorban con preguntas su conquista del poder.

Amenábar ha hecho (es mi opinión), tanto desde el punto de vista formal y visual como, sobre todo, desde *lo que dice*, una obra maestra. Una película que se convertirá en un clásico. Una elipse impecable, perfecta. Los fanáticos la están poniendo de vuelta y media. Enhorabuena, muchacho. Cuando sea mayor, no quiero ser como Hipatia, o no sólo. Quiero saber contar las cosas como lo haces tú. Quién pudiera. ■